



Open Access Repository
www.ssoar.info

El estudio de la política nacional y el horizonte trazado por la tradición filosófico-política europea

Zamitz Gamboa, Héctor

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Zamitz Gamboa, H. (1998). El estudio de la política nacional y el horizonte trazado por la tradición filosófico-política europea. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 43(174), 197-217. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1998.174.49135>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

gesis
Leibniz-Institut
für Sozialwissenschaften

Mitglied der

Leibniz-Gemeinschaft

Diese Version ist zitierbar unter / This version is citable under:

<https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-59693-8>

El estudio de la política nacional y el horizonte trazado por la tradición filosófico-política europea

ARNALDO CÓRDOVA

Presentación

Presentamos en la sección de "Documentos" una entrevista con Arnaldo Córdova, quien fuera el primer doctor graduado de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

El doctor Arnaldo Córdova es un distinguido profesor e investigador, actualmente adscrito al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *La ideología de la Revolución mexicana*; *La formación del nuevo régimen*; *Sociedad y Estado en el mundo moderno*; *La política de masas del cardenismo*; *La formación del poder político en México*; *La clase obrera en la historia de México en una época de crisis: 1928-1934*; *La política de masas y el futuro de la izquierda en México*; *La revolución y el Estado en México*.

La entrevista reviste particular importancia a la luz del desarrollo actual de la ciencia política y de los procesos de cambio político que vive el país. Fue realizada por Héctor Zamítiz, quien contó con la colaboración, para su edición, de Margarita Flores Santiago, en el proyecto de investigación "La ciencia política en México: historia intelectual de una disciplina".

P: Doctor Arnaldo Córdova: ¿por qué se interesó o qué lo motivó a estudiar la ciencia política?

R: En cierto modo fue algo fortuito, porque yo estudié en la Universidad de Michoacán. Hice todos mis estudios en Morelia, en una época en que no había más que tres carreras: ingeniería, medicina y derecho.

Me interesaba la historia. Siempre fui un asiduo lector de esta

temática y si hubiera habido una facultad o escuela de historia en Morelia, hubiera estudiado esa carrera. Como no había historia ni filosofía, otra disciplina que me interesaba mucho, tuve que estudiar derecho.

Siempre me motivaron las materias de carácter político de la carrera de derecho, entre otras: teoría del Estado, derecho constitucional. Además, durante mis años de estudiante tuve una participación muy intensa en el movimiento estudiantil y en general en la política, como se daba entonces.

Los temas políticos fueron siempre de mucho interés para mí. Durante un año y meses estuve colaborando diariamente, en esa época, con un periódico de Morelia en una columna donde me refería a temas de carácter político. Un poco por el estilo —el agua ha corrido bajo el puente— de lo que hago ahora mismo.

Tuve la fortuna de obtener una beca de la Universidad Michoacana para ir a estudiar a Italia, en la Universidad de Roma, filosofía del derecho. En esta disciplina me metí de lleno, casi de inmediato, en el estudio de los teóricos de la ciencia política, de los grandes clásicos.

Cursaba siete seminarios, de los cuales dos eran bianuales, no existían los semestres —creo que todavía sigue sin haber semestres en Italia—; uno de ellos era la filosofía del derecho y el otro era historia de la filosofía del derecho. Aparte llevaba: teoría del Estado, ética y derecho, historia de las ideas políticas.

Desde que llegué, empecé a ocuparme de la teoría política. Escogí a un autor muy difícil para desarrollar mi trabajo de tesis: Kant. Para estudiarlo tenía que analizar a todos los que le habían precedido, con el fin de ubicar la centralidad de su pensamiento. Kant continuaba la labor de autores como Hobbes, Rousseau, Montesquieu. En particular, hay una gran relación entre Rousseau y Kant.

P: ¿Quiénes fueron sus maestros y qué libros le sirvieron de apoyo en su formación?

R: Mis maestros eran profesores de filosofía del derecho en la Facultad de Derecho de Roma. El director del Instituto y titular de la materia era el profesor Widar Cesarini Sforza, de los Sforza de Milán. De allá venía ese maestro, muy bueno, por cierto, de edad avanzada en esa época, pero un docente estupendo. Teoría del Estado me la impartió un profesor de mediana edad, Dino Passini, quien

escribió un buen libro: *Sociedad y Estado en Kant*. Publicó otro texto sobre un gran teórico del derecho, un positivista a la antigua, Bruno, muy importante para el desarrollo de los estudios jurídicos.

En cuanto a los otros profesores, puedo decir que tuve un viejo maestro de historia de la filosofía del derecho; me refiero a Giacomo Perticoni. Quizás en nuestro país no sean tan célebres, pero cualquier estudioso de filosofía del derecho conoce estos nombres.

Yo tuve suerte, pues el profesor Cesarini de Sforza atendía muy poco el curso, y lo delegaba en dos asistentes; uno de ellos fue Alessandro Baratta, que ahora es penalista; y el otro era nada menos que Umberto Cerroni, marxista, y a quien se considera como miembro de una escuela que nunca fue tal: la Escuela de Della Volpe.

Galvano Della Volpe se dedicó originalmente a los estudios de filosofía. Su primer libro, en dos volúmenes, fue sobre David Hume. Éste es un fundamento, un pilar, de todas las concepciones filosóficas de Kant, con un nexo muy identificado desde hace mucho tiempo. El mismo Kant decía que su filosofía era una continuación de la de Hume.

En este libro, Galvano Della Volpe establece muy claramente todas esas conexiones, con una virtud: Hume lo llevó a Kant y Kant a Marx y así, gracias a su formación filosófica, se convirtió en un marxista novedoso. En general los marxistas tienen dos posiciones frente a Marx: lo consideran un desarrollo o continuación de Hegel, o lo consideran consecuencia de Kant. La relación entre Marx y Kant, y entre Marx y Hegel, dividió muy profundamente a los marxistas de los años cincuenta y sesenta.

Fue precisamente ese nexo de Della Volpe con Kant el que lo llevó a hacer una de las críticas más radicales de Hegel y puso al descubierto cómo realmente Marx es en todo, por todo, la negación del pensamiento hegeliano. Incluso Della Volpe llegó a considerar que el verdadero antecedente de Marx es Kant y que existe gran afinidad entre el pensamiento kantiano y el marxista. En esta búsqueda andaba Della Volpe cuando empezó a trabajar con jóvenes, con los cuales tuvo un intercambio de ideas fabuloso. Fueron jóvenes que renovaron el marxismo italiano en los años setenta: Umberto Cerroni, Lucio Colletti, y había otros más cuyos nombres se me escapan. Formaron una pequeña legión de grandes estudiosos de temas importantes del marxismo. Casi todos se dirigieron al análisis de as-

pectos filosóficos. Lucio Colletti se metió a fondo con la relación entre Marx y Hegel, partiendo de los puntos originales de Galvano della Volpe. Después Luis Althusser se adornó diciendo que él había sido el primero en señalar la contradicción existente entre Hegel y Marx, lo cual no es cierto. Althusser vino mucho después. Della Volpe ya a fines de los cuarenta estaba publicando temas relacionados con Marx.

El problema de Italia es ser un país increíblemente provinciano. A los italianos les cuesta trabajo ligarse con otras partes del mundo; siempre han sido eurocéntricos. Los franceses, por ejemplo, son más cosmopolitas y se lanzan hacia otras regiones. América Latina tuvo siempre los ojos puestos, a lo largo de casi siglo y medio, en Francia. Ahora nuestro polo de atención es otro: Estados Unidos.

Francia era el país hacia el que miraban los latinoamericanos. Es increíble: hasta que Althusser no habló de Gramsci, América Latina no se fijó en él. Los únicos que cultivaron a Gramsci desde los años cincuenta fueron quienes formaron parte del grupo Pasado y Presente, como Juan Carlos Portantiero, quienes tradujeron las obras de Gramsci a fines de los años cincuenta; pero no se vendieron. Nadie sabía quién era Gramsci.

Todos ellos exploraron, casi siempre inmersos en esa falacia, el nexo entre Marx y Hegel; se adentraron en algunos asuntos fundamentales como la dialéctica, la contradicción, incluso el tema de la totalidad, que nos enloqueció en México en los años sesenta.

Cerroni como jurista se dedicó al derecho; escribió un libro que en realidad es un texto integrado por cuatro ensayos: *Marx y el derecho moderno*. Lo traduje al español estando todavía en Italia. Su eje central es el derecho, aunque se tratan en él temas de teoría política. No es solamente sobre Marx y el derecho, sino sobre Marx, el derecho, el Estado y la política.

Sin abandonar nunca su dedicación a lo jurídico, Cerroni escribió otro libro sobre Kant; éste, junto con el de Passini, me llevaron a ocuparme del filósofo alemán. Cerroni estaba estudiando a fondo la teoría política cuando yo tomaba clases con Cesarini de Sforza, quien supo de inmediato que yo era simpatizante del marxismo, y entonces él mismo me encomendó a su asistente y le dijo: "Hazte cargo de este muchacho y ayúdalo a estudiar."

Cerroni tenía mucho tiempo libre y me dedicó buena parte de él; me tutoró y nos veíamos casi diariamente. Iba a su casa, comíamos,

tomábamos café. Él participaba en el Partido Comunista; yo también. Íbamos juntos a la sección del Partido. Nos hicimos muy amigos, pero él nunca dejó de ser mi maestro. En todos los aspectos, siempre tuve su guía.

Los temas que abordamos siempre eran relativos a la teoría política: problemas del estado de los partidos políticos. Me introdujo de lleno en el pensamiento de Antonio Gramsci. Cuando decidí escoger mi tema de tesis, me condujo de manera didáctica; me fue planteando una serie de ideas que parecían programas y que constituían una especie de abanico, del cual yo tuve que escoger. En una ocasión me dijo: “¿Sabes?, esto no se le ha reconocido a Kant, pero es el verdadero fundador del derecho del trabajo.”

Yo había elaborado un texto sobre derecho del trabajo en la ciudad de Morelia, y entonces empecé a explorar nuevamente el tema; finalmente no lo desarrollé porque en el camino me encontré otro: la relación kantiana entre libertad y propiedad. Kant es el teórico de la libertad, ésta es una de las características de su racionalismo. Encontré que había una contradicción en el concepto mismo de libertad de Kant: la libertad entendida no solamente como disposición filosófica, sino como condición de la vida real. Al final de cuentas, yo concluía que Kant había elaborado primero un concepto abstracto de la libertad y después tuvo que reconocer que la libertad tenía muchas limitaciones en la realidad, y una de ellas era la de no tener propiedad. Profundicé en ese tema, y sobre eso elaboré finalmente mi tesis.

Cerroni me llevó a estudiar a todos los pensadores modernos de la teoría política, sobre todo a Maquiavelo, autor que vi a través de los ojos de Gramsci de una manera muy creadora. Yo no sentía ninguna simpatía por Maquiavelo; me repugnaba un poco la mala fama que tenía. A través de Gramsci descubrí al gran teórico que fue el florentino. Me di cuenta por qué se le considera el gran fundador de la ciencia política.

Después estudié a Bodino, a Hobbes, a Locke, a Montesquieu, a Rousseau. Luego de Kant, a Constant, Tocqueville, Weber y algunos otros. También a algunos constitucionalistas del siglo XIX y XX como Kelsen.

P: ¿Cuál era la situación de la ciencia política en la Italia de los años en que usted fue allí a estudiar?

R: Era muy teórica, muy influida por la tradición filosófica y política de Italia. Había un dato clave para comprender toda la actividad cultural de ese país en el campo de las ciencias sociales y las humanidades: la influencia enorme que llegó a tener Hegel, así como los grandes filósofos italianos del siglo XIX y XX, particularmente Benedetto Croce y Giovanni Gentile.

Gentile era un gran filósofo y Croce tenía una influencia formidable en todas las disciplinas. En el campo de la antropología, así como en los de la teoría, la estética o el arte, se discutía a Croce. También en el terreno de la filosofía.

Realmente no hubo en el siglo XX un país donde se estudiara mejor a Hegel que en Italia. Todo esto permite comprender el modo de hacer teoría política allí: tradicionalista. Cuando se estudiaba la política, en buena medida se estudiaba filosofía de la política. Debido a esa tradición, había un interés formidable por los clásicos. Se escribían libros sobre Kant, Maquiavelo, Hobbes, Constant.

Era una forma de estudiar la política que recogía la tradición filosófica, la jurídica y, en última instancia, la misma tradición cultural de Italia, justamente en una época cuando, por ejemplo en Francia, pero sobre todo en Inglaterra, comenzaba a tener mayor volumen y peso el tipo de estudio empírico de la ciencia política, proveniente de Estados Unidos. Era el modo casuístico y práctico de estudiar la ciencia política que a nosotros también nos llegó con una gran fuerza, sobre todo en los años sesenta.

En esos países el avance de la ciencia política empírica tuvo un efecto desastroso. Por ejemplo, los ingleses, que habían sido grandes estudiosos de teoría política dejaron de serlo a partir de la penetración y desarrollo del funcional-estructuralismo estadounidense. Se dejó prácticamente de estudiar teoría política. A los grandes clásicos se les empezó a arrinconar.

En Italia, en cambio, se siguió cultivando. Allí los clásicos de la teoría política eran un horizonte ya fijado para siempre. Dentro de él, era posible y necesario estudiar todas las formas de la vida política y seguir haciendo teoría.

Evidentemente, existían ciertos parámetros, es decir, módulos de pensamiento establecidos por los pensadores clásicos. Por ello se cultivaban y se seguían estudiando. Los franceses dejaron de lado a Rousseau, a Kant, pero sobre todo a Maquiavelo. Nunca fueron

grandes estudiosos de este último; mientras que en Inglaterra hubo realmente una posición positivista que acabó con los teóricos.

P: ¿Cuál era el contexto en el que se encontraba nuestro país, y qué cambios y transformaciones experimentó al regresar?

R: Cuando regresé, estaba condicionado por mi trabajo. Tuve que regresar a la Universidad Michoacana a cubrir el pago de la beca. Yo venía de Roma —sin duda, uno de los centros intelectuales del mundo— y regresé primeramente a una provincia que entonces era casi ranchera; no había nada, ni revistas y no se podía hacer mucho. Impartí clases durante dos años hasta que se presentó un conflicto entre la Universidad y el Estado y tuve que venirme a México. Eso fue en 1966. Aquí tuve que hacerme cargo de materias relacionadas con lo que yo había ido a estudiar: teoría del Estado, sociología y filosofía del derecho, en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad.

Prácticamente, seguí el curso de mis estudios hechos en Italia, trabajando a los clásicos, leyendo todo lo que me faltaba por leer, profundizando mucho en Kant, un autor que me apasionaba.

En esos años, me encontré con un ambiente cultural nuevo en México. Habían regresado muchos jóvenes después de prepararse muy bien, la mayoría de ellos en Francia, los cuales estaban renovando la discusión en los ambientes intelectuales, al introducir nuevos temas, nuevas lecturas.

El joven Marx, el humanismo de Marx, las obras iniciales de Marx influyeron en esa renovación. Recuerdo a Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, Luis Villoro, Ricardo Guerra —conocedor de Hegel— y otros que contribuyeron mucho a renovar el ambiente intelectual y, sobre todo, a influir en los círculos en los cuales se estudiaba el marxismo. Empezó a estudiarse a Marx de manera más abierta.

La Facultad de Ciencias Políticas, entonces Escuela, era uno de los centros más activos en la discusión. Había mucho intercambio de ideas; existía una vida muy intensa y los estudios eran de gran calidad.

Me sentí muy estimulado. Había un intercambio, una verdadera comunidad intelectual; por supuesto, había magníficos estudiantes. Eran jóvenes que, antes de terminar su carrera, ya se distinguían por su inteligencia, por su estupenda preparación. Era un ambiente renovado.

P: ¿Quiso usted, de alguna manera, que los pensadores con los que había entrado en contacto en el extranjero fuesen dados a conocer en México?

R: Sí. Impartí muchas materias, pero mis clases fundamentales fueron: ciencia política y el estado actual de la ciencia política. En esta asignatura trataba de orientar a mis estudiantes hacia el conocimiento de todo lo nuevo que estaba ocurriendo, pero siempre le otorgaba una cierta preferencia a los estudios más teóricos.

Cuando comenzaron a aparecer y a hacerse famosas —después o con el movimiento del 68— las obras de Marcuse, las discutí en clase con mis alumnos. Todas las obras de Cerroni que iban apareciendo las programaba en mis cursos, aunque no estuvieran traducidas.

Los alumnos de esa época leían en inglés, francés e italiano. Después todo se descuidó y la Facultad decayó muchísimo. En ese momento había mucho empuje, tanto de maestros como de discípulos, y en ciencia política mi línea siguió siendo la reivindicación de los clásicos.

Antes del movimiento del 68 fuimos víctimas del funcional-estructuralismo que nos llegaba de Estados Unidos. Particularmente entre los maestros de sociología, que era la carrera más brillante y donde estaban los mejores estudiantes, cundió mucho esa corriente. Los cursos de metodología se transformaron y empezaron a proliferar los de técnicas de investigación, el culto a las mismas, en fin, el culto al dato. Existió un cierto desprecio hacia los teóricos; incluso en sociología se dejó de estudiar a Kant, Spencer, Durkheim, a los grandes pensadores de la propia sociología.

En ciencia política pasó un poco lo mismo. En lugar de analizar a los clásicos en esa cátedra, se prefería estudiar a otros autores, sobre todo a los estadounidenses, que en esa época empezaban a estar en boga. Cabe señalar que hay algunos muy buenos, con una gran formación teórica, por ejemplo David Easton, Samuel Huntington, que entonces comenzaban a ser conocidos aquí; sin embargo, no prevalecían. Interesaban más bien otros temas: estudios de caso, estudios de elecciones en Estados Unidos. Me acuerdo que circulaban mucho dos textos sobre este último tema. Hubo, sin embargo, una lucha a la larga muy productiva entre quienes sosteníamos la necesidad de estudiar a los clásicos. Enrique González Pedrero era maes-

tro de historia de las ideas políticas y sus cursos fueron maravillosos. Víctor Flores Olea también impartía ciencia política. Dimos la batalla en contra de los estructuralistas, los actuales positivistas y tuvimos éxito porque muchos jóvenes brillantes surgieron en esa época.

P: ¿Por qué cree usted que siempre se trata de recuperar a los clásicos, frente a las distintas corrientes en boga?

R: Estoy convencido de que los clásicos nos abrieron un territorio en el cual podemos seguir cultivando la teoría. Hay momentos en los cuales se presenta una cierta confusión. Si usted le pide hoy a un maestro de ciencia política que le defina al Estado, se lo define de un modo, y el profesor de la misma asignatura que da clases en el salón de al lado le va a dar otra definición. El retorno a la reivindicación de los clásicos, en primer lugar, nos ayuda a precisar nuestros conceptos.

Para mí, toda la ciencia política ha sido un gran esfuerzo por identificar qué es lo político, qué es la política, la vida política y distinguirlo de lo religioso, lo ético, lo económico. Esto ha llevado a un esfuerzo de distinción acerca del Estado, pues se trata de diferenciarlo de la sociedad. El resultado es que hay una delimitación conceptual por etapas sucesivas de lo que es el Estado.

En la época actual, a medida que se ha perdido el gusto por la lectura de los clásicos, las confusiones son terribles. Yo he escuchado, algunas veces, cómo se define al Estado: en los tres años en que di clases en la Facultad de Derecho antes de venirme acá, escuchaba definiciones de este tipo: "El Estado es el gobierno; son las instituciones que nos gobiernan, el Estado somos todos, es toda la sociedad."

Así, todo el trabajo que hizo la teoría política se echó a perder. Esa diferenciación entre el Estado y la sociedad, entre la política y todas las demás formas de vida social, se pierden.

He escuchado también a muchos políticos doctrinarios, particularmente a algunos panistas, que nos hablan de la necesidad de que la política esté informada por la moral. Si la política estuviera informada por la moral dejaría de ser política y no nos explicaríamos muchos de sus hechos. En todo caso, tendríamos siempre un repudio natural respecto de la política; es decir, apesta, es algo sucio, necesitamos moralizarla. Todas esas confusiones son fruto de una im-preparación teórica.

La política fue, por principio, independizada de la moral por Maquiavelo. El florentino nos describe casos que a veces son espantosos, si uno los ve con los ojos de la moral. Por ejemplo: cuatro aliados de César Borgia a quien éste llamó un día para conquistar la Romagna, todos se unieron y la conquistaron. Pero César quería dicha región y tenía que eliminar a los otros. Los invitó a un castillo para ponerse de acuerdo y, en lugar de eso, los mató, los asesinó. Maquiavelo dice: “eso es un acto de gran bondad política”.

Maquiavelo tiene un escrito pequeño no incluido en *El príncipe*, pues generalmente se agrega a las recopilaciones de Maquiavelo, que a mí me horrorizó la primera vez que lo leí. Es un informe que hizo para el gobierno de Florencia. César fue en esa época un verdadero príncipe, porque eliminó a los otros y triunfó. La conclusión es: “en la política todo se vale”.

Independientemente de que se diga: “hay que ser rectos, honestos y sencillos”, todo eso tiene un valor político diferente al que nosotros le damos si lo pensamos desde el punto de vista moral. Por eso es indispensable en Maquiavelo separar la política de la moral. Si no es así, nunca vamos a entender qué es la política, por qué un político triunfa. Recordemos *El príncipe*, y todos los ejemplos que da; está escrito con base en estudios, casos, en ejemplos. Maquiavelo todavía no lograba formular una teoría; apenas iniciaba la construcción de la misma. Su estilo fue casuístico y cada caso, si se mira a través de los ojos de la moral, parece una barbaridad.

Cuando le aconseja al príncipe: “Si tienes un enemigo que te causa muchos problemas, mátalo”, a los ojos de la moral eso es espantoso pero era el único modo de entender la política. No es que ésta no tenga nada que ver con la moral, pero hay que verla como tal, como política.

El verdadero conocimiento de la política hay que fundarlo en posiciones que nos permitan entenderla como es y, desde luego, con esa neutralidad frente al hecho de ser indispensable en todo acto de creación científica.

P: ¿Cuál es el objeto de estudio de la ciencia política?

R: Eso que llamamos política. Una forma de vida social que gira en torno al poder político, el poder del Estado. Tenemos que delimitarla muy bien, así como sus conceptos básicos, sus categorías, porque a veces hablamos de ella para cualquier cosa: cultura futbol-

lística, cultura musical, cultura democrática..., en fin. Es un mal uso de la palabra cultura, así como también hay un mal uso de la palabra "política" y realmente es inadecuado e inexacto. La política tiene que ver con las relaciones que se tejen en la vida social en torno al poder del Estado; ése es el referente: partidos políticos, acciones políticas, campañas políticas, campañas electorales, etcétera. Si los actos de todos en la calle tienen que ver con el poder del Estado, con la lucha por el poder del Estado, la conservación del poder del Estado, éstos son actos políticos.

Ahora que estamos entrando a una etapa histórica en la que nos estamos acostumbrando a las elecciones, es más fácil publicar, delimitar, acotar, lo que es lo político.

P: ¿Cuál cree usted que sea el estado actual de la ciencia política?

R: Los estudios políticos en general han progresado, internacionalmente, por supuesto. ¿Cuál es el problema? Que cada vez más se abandona —ahora incluso en la misma Italia— el estudio de los clásicos. En efecto, surgen planteamientos teóricos que parecen ser novedosos y que echaron a la basura todo lo demás, pero no hacen sino estar repitiendo problemas ya planteados en teoría política clásica. Un ejemplo es el último grito de moda: el mini-Estado. En realidad están repitiendo una discusión que los liberales llevaron a cabo desde la época de Locke hasta el siglo XIX. El Estado-guardián que complementa a la sociedad pero que no la absorbe, sino que deja que ella misma se organice y se reproduzca. La teoría del famoso mini-Estado, en el fondo, es algo que luego se da en la práctica. En México, ese planteamiento en parte inspiró la política del gobierno salinista de reprivatizar, de desembarazar al Estado de todos sus aparatos económicos que, en efecto —ahora lo sabemos—, le eran costosísimos y, como consecuencia, a la sociedad, y funcionaban mal.

En lo que se refiere al conocimiento de la política, yo creo que hay un gran progreso en el mundo y también en México.

En nuestro país hay algo que nos ha ayudado muchísimo. Me refiero a que desde los años cincuenta ha habido una renovación de los estudios históricos verdaderamente formidable. Algo parecido ocurrió durante el porfirismo, época en que nació nuestra verdadera ciencia. Luego, después de la Revolución, ésta declinó. La historia dejó de ser realmente ciencia para convertirse en puro testimonio, es decir, memorias.

Desde la Revolución hemos tenido dos o tres historiadores, hasta los años cincuenta. Los podemos contar casi con los dedos de una mano: Luis Chávez Orozco, Alfonso Toro, y algún otro probablemente no tan bueno; pero en fin, era uno de nuestros historiadores, Rafael Ramos; y dos o tres más por ahí.

Don Daniel Cosío Villegas hizo un esfuerzo formidable y muy ambicioso; tomó como modelo a *México a través de los siglos*, organizado por Rivapalacio, e incluso quiso hacer la continuación, pero se quedó en el periodo de la Reforma. Su *Historia moderna*, una obra colectiva formidable, le da seguimiento.

Ese esfuerzo institucional de don Daniel nos produjo o nos reprodujo la historia. A partir de entonces tenemos una historia que es en cierto sentido muy pragmática, muy casuística y muy empírica, aunque no deja de estar bien informada por la teoría. Eso es lo importante.

La historia ha progresado formidablemente en México. Lo mejor de todo ha sido que ha contribuido con las demás ramas de las ciencias sociales, pues todas tienen que recurrir a ella. Se da también el caso de que hay textos de ciencia política que en realidad son obras históricas.

Mi trabajo sobre la ideología de la Revolución mexicana es una obra de ciencia política, de estudio del pensamiento político, pero es una historia y hasta los mismos historiadores lo reconocen.

Así, sociólogos y politicólogos se han convertido en historiadores. Creo que Carlos Martínez Assad fue a estudiar teoría política a París e hizo un estudio histórico; se doctoró con una tesis sobre Garrido Canabal. Es una obra histórica y él ha seguido haciendo historia.

Además, esta disciplina se ha descentralizado y han aparecido centros de investigación por todos lados. En Morelia no había escuela de historia cuando yo estudié; actualmente, en la Universidad de Guadalajara sí la hay y también hay un Centro de Investigaciones Históricas. Asimismo en Zacatecas. En todas partes está atendiéndose un campo antes descuidado: el regional. La historia nacional que se escribía era en realidad la de la ciudad de México, o vista desde la ciudad de México. Ahora hay una imbricación entre la historia y los estudios políticos: historiadores que se han vuelto politicólogos, y politicólogos que se han vuelto grandes historiadores. El caso de Lorenzo Meyer, por ejemplo; él estudió ciencia política y también

relaciones internacionales, lo cual, en cierta medida, es una forma de ciencia política.

Algo que siempre ambicionábamos en nuestros tiempos y no se hacía, era establecer relaciones entre nuestras disciplinas. La interdisciplinariedad se ha enriquecido a medida que han progresado todos los conocimientos: históricos, sociales, políticos, etcétera.

Hay cierta producción que no es propiamente ciencia política. Julio Scherer no es un politólogo, es un periodista, pero su obra sobre los presidentes aporta un interesante material. Es una memoria que puede servir a quien quiera estudiar la política de los años setenta y ochenta; así, muchísimos otros libros.

Los periodistas escriben también sobre temas de política. Granados Chapa, por ejemplo, publicó un libro sobre las elecciones; no es politólogo; es un comunicólogo, pero todo ese material resulta útil y tenemos que incluirlo. Hay autores de gran circulación, como Jorge G. Castañeda, por ejemplo, que edita un libro y se vende de inmediato; es especialista en libros sobre política. Lo importante a destacar es que ahora se está publicando sobre diversos y abundantes temas.

En nuestra época aparecían dos o tres libros al año sobre aspectos políticos y era muy difícil para nosotros trabajar sobre el tema. Nos faltaba algo esencial para el desarrollo de cualquier ciencia: una acumulación de materiales que nos permitiera desarrollarnos con el apoyo de una abundancia de análisis que antes no teníamos.

Estoy contento del desarrollo experimentado por los estudios políticos; hay mucha especialización, cosa que antes no teníamos. Ahora un Juan Molinar Horcasitas puede dedicarse exclusivamente al estudio de los procesos electorales, porque éstos representan una realidad muy importante hoy en día, y él se ha convertido en un especialista. José Woldenberg abordó primero los estudios sindicales, es decir, de historia del movimiento obrero, y después se especializó en el tema electoral, en el cual es un experto. Hasta un economista como Jorge Alcocer, por su experiencia política y porque le interesó, se convirtió en otro experto en temas electorales, los cuales van a ser cada vez más importantes y un día contaremos en ese campo con otra masa de materiales que nos permitirá ser más eficaces, estudiar mejor y más a fondo, profusamente, la realidad política. Yo me siento muy satisfecho de ello.

¿Hay necesidad de que alguien dé la batalla por los clásicos? Me parece que mantener a los clásicos, seguirlos reivindicando es fundamental; si no, vamos a repertirlos sin conocerlos.

Quien intenta una mínima definición de algún fenómeno de la política vuelve a aquel horizonte que ellos nos trazaron. Ahora aunque haya nuevas realidades y nuevas cosas, Rousseau nunca va a dejar de estar de moda, más aún si empezamos a hablar de la participación de la gente, de la democracia, de la democracia directa. Por una parte, todos los que hablan de la participación de la ciudadanía, de la participación del mexicano en la política, están repitiendo a Rousseau. Por la otra, es muy importante que se desarrollen estudios con una gran perspectiva histórica. La historia es fundamental. Vuelvo a destacar: el que olvida la historia arriesga repetirla.

P: Usted siempre ha discutido el asunto de calificar a la ciencia política como politicología y yo aquí le diría: ¿a pesar de que la realidad, a fuerza de repetición, la ha convertido más en politología?

R: Es una cosa que realmente no tiene gran trascendencia: el inventor del término politicólogo fue Georges Bordeau en su libro sobre el método de la ciencia política. Ante un problema sin importancia que se había venido arrastrando desde Maquiavelo, ¿cómo llamarle al estudioso de la ciencia política, político? No, sino teórico de la ciencia política. Bordeau pensó en otorgarle un nombre y le llamó politicólogo y los anglosajones, que todo lo reducen al mínimo, lo usaron, lo adoptaron, y en lugar de decir politicólogo empezaron a decir politólogo.

Alguna vez discutí el término en una reunión académica en la Facultad, y explicaba lo siguiente: si vamos a las raíces y ustedes usan el término politólogo le dan un sentido limitado, porque deriva de la expresión *polis*, ciudadano; entonces la politología resultaría el estudio del ciudadano. En cambio, politicólogo proviene de la palabra "política", *polise ica*, lo relativo a la *polis*. Es más completo y exacto. El ciudadano es una parte de lo que abarca el estudio de la *polis*, de la república o del Estado en general.

La verdad es que no tiene mucha importancia esa cuestión. La expresión politicología en realidad es poco usada, ya casi no se escucha.

P: ¿Considera usted que la ciencia política es una carrera interdisciplinaria? ¿Quisiera referirse a la centralidad o a la particularidad de la misma?

R: Yo creo que la ciencia política es tan interdisciplinaria como todas las ciencias sociales. Todo depende de cómo se las vea.

Si nosotros nos ponemos a estudiar un fenómeno político en su globalidad, por fuerza tenemos que entrar en relación con otras ramas del conocimiento humano. Si queremos ver los efectos de los hechos ocurridos desde el primero de enero de 1994 en adelante, en la vida social, tenemos que informar sobre cuestiones económicas, sociales, sociológicas y, además, también explorar en la historia. Responder, por ejemplo, a la pregunta: ¿Por qué Chiapas?, supone entrar en la historia; tenemos que analizar las relaciones agrarias, la economía agrícola de Chiapas, la concentración de la riqueza, el estudio de los índices de bienestar de la población; es decir, casi no hay hecho en el que no tengamos nosotros que pedirle prestado a las otras disciplinas; datos, elementos y, a veces, hasta enfoques metodológicos.

Si usted se propusiera estudiar el régimen de Carlos Salinas de Gortari, por fuerza se vería obligado a estudiar la historia de los seis años de su gobierno. Pero si usted corta amarras con lo que pasó antes no se va a explicar muchas cosas que ocurrieron en este sexenio. Es decir, Salinas de Gortari no se explica sin el año 1982, y tampoco sin el régimen del presidente Miguel de la Madrid. Entonces se tiene que hacer historia.

Para estudiar la historia de un régimen, o para hacer el análisis de la política de un régimen, aunque se quiera hacerlo lo más ahistórico posible hay que introducirse en otros ámbitos. El gobierno es el encargado de dirigir, de regir las relaciones económicas, va a tener que introducirse a fuerza en el estudio de la economía en el periodo que corresponde a ese presidente.

Sucede igual con todo lo demás. Un economista que se ponga a estudiar la economía del régimen salinista va a tener que tocar la política y va a tener que ver con la historia y con la sociología. La sociología se nos murió porque no supimos para qué servía, pero hay estudios que son de carácter sociológico a los que tenemos que recurrir. También a estudios de corte antropológico. ¿Cómo entender la situación de Chiapas a partir del primero de enero si ignoramos aquella magnífica obra que nos legó Ricardo Pozas sobre los chamulas? Ricardo Pozas en ese estudio, hace cuarenta años, estaba previniendo lo que iba a pasar.

Un jurista, por ejemplo, no puede trabajar sin el marco que le proporciona el Estado de derecho, la última forma del Estado en su evolución histórica, cuya primera conceptualización se la debemos justamente a Kant.

Kant es el fundador de la ciencia moderna del derecho. Él puso los cimientos y benefició a la política. Los estudios políticos de Kant están guiados por sus hallazgos jurídicos.

P: ¿Qué sugeriría para reforzar la formación en ciencia política?

R: La base de la cultura es la historia; quien no sabe historia es virtualmente un inculto. Una formación histórica es necesaria, por fuerza.

A los alumnos tenemos que proporcionarles herramientas de trabajo; tenemos que enseñarles a leer, así como el uso de las computadoras. Tenemos que enseñarles a programar sus investigaciones. No debemos olvidar una cosa fundamental: en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales no formamos cualquier tipo de profesionales. Todos los estudiantes que formamos van a ser investigadores, la esencia de su trabajo profesional va a ser la investigación. Si es un licenciado en ciencias políticas o en administración pública, se va a dedicar a un trabajo específico que se llama investigación, trabaje donde trabaje.

La esencia del sociólogo, del comunicólogo, no digamos ya del experto en relaciones internacionales, es siempre un acto de investigación. Todo lo que hagamos, aunque no estemos en la universidad, aunque vayamos a parar a Relaciones Exteriores, o al Departamento del Distrito Federal o a la Secretaría del Trabajo, donde sea, lo que vamos a hacer es un trabajo de investigación. Siempre debemos pensar en eso.

P: ¿Qué debemos entender por reforma de los métodos de trabajo?

R: Usar otra forma de trabajar en el aula. Hacer más seminarios, más talleres, dedicarse a perfeccionar una cosa que no se aprendió muy bien y terminó por dejarse: la técnica de los programas por objetivos de enseñanza-aprendizaje. Esos programas fueron inventados en Estados Unidos, pero no los podemos aplicar aquí como se aplican allá. Ellos han descubierto, desde hace varios años, que el modo de formar a sus estudiantes, al final de cuentas resultó perjudicial. Los estudiantes estadounidenses tienen una formidable deficiencia teórica en su trabajo. Incluso en materias de carácter tecnológico es necesaria una formación teórica, de muy diversa índole.

Hay una base teórica que debe ser el punto de partida para cualquier trabajo. Los estadounidenses formularon la crítica de su sistema educativo y descubrieron que éste, pensado como el mejor del mundo, ya había sido superado por los sistemas educativos de Alemania y Japón. Hubo una vez una Olimpiada de matemáticas en Hong Kong y no llegó un solo estadounidense a ocupar un lugar de clasificación; todos quedaron fuera y ganaron los honkoneses, los japoneses, los taiwaneses.

P: ¿Quisiera usted referirse al mercado de trabajo de los egresados hoy en día?

R: Creo que cada vez es más amplio y más competitivo. Nosotros necesitamos mejorar nuestra mercancía y ofrecerla. Eso fue quizás uno de los pecados más grandes de la Facultad; creo que justamente por eso la carrera de sociología se fue a pique. No había promoción, no había explicación de por qué estudiar ciencia política, sociología o relaciones internacionales. Además no había ninguna política de reclutamiento.

Necesitamos continuamente hacer promoción de nuestras carreras, de sus contenidos. Responder a las preguntas: ¿qué va a hacer un politicólogo? O ¿qué sabe hacer un politicólogo?

Un politicólogo puede y sabe hacer muchísimas cosas. Imagínese empleado de un sindicato. Ese politicólogo va a asesorar al sindicato en política, puede hacerle estudios permanentes sobre la política del gobierno, cómo está comportándose, puede analizar las relaciones con los patronos, puede especificarles y orientarlos en torno al desarrollo.

Si se convierte en un empleado del sindicato, que esta organización le pague su sueldo y él sea su asesor político. Claro que tenemos que convencer al sindicato de que necesita a un politicólogo.

Una labor de asesoría es, en esencia, lo que van a hacer los futuros profesionales. Un empresario ya no puede pensar en que sólo se dedica a cuidar su fábrica; los empresarios de hoy ya son otra cosa y necesitan asesoría. Por tanto, nosotros tenemos que convencer a los empresarios de que necesitan asesores. Tenemos que salir a la calle, a decirle a la gente qué tipo de profesionales estamos formando.

P: ¿Cuáles son los problemas y desafíos a los que se enfrenta la ciencia política?

R: A ciertas actitudes antintelectualistas del tipo del “fin de las ideologías”, de Fukuyama. A posiciones interesadas que ponen en peligro a la ciencia, a la ciencia en general, no solamente a la ciencia política. Si nosotros adoptáramos el punto de vista de Fukuyama, ¿para qué hacemos ciencia, si ya está todo resuelto? Pero no es así. Hay, según las épocas, desafíos relacionados con cambios muy rápidos, como ahora, y otras donde hay largos periodos en los que casi parece que no sucede nada. Sin convertir esto en teoría, creo que no es hoy el momento de pensar que dentro de diez años los cambios se habrán acabado y luego vendrá una época de paz. Lo que tenemos enfrente es una realidad muy cambiante. Nuestro desafío es explicarla.

La realidad es nuestro desafío. Tal como ésta se vea, de ese tamaño se verá nuestro reto. Si sabemos explicarla, si realmente la entendemos, nuestra ciencia progresará. Si no la entendemos, si no tenemos capacidad para explicar las cosas, nuestra ciencia se estancará.

Creo que desde este punto de vista, cada vez podemos explicar mejor nuestra realidad. Hoy sabemos más de nuestra realidad en relación con lo que conocíamos hace treinta años. Tenemos herramientas, conceptos; aunque se han vulgarizado, nos ayudan a entenderla.

Yo introduje —no lo inventé— el término corporativismo. Se vulgarizó y explica fácilmente a la gente qué es el partido oficial en México. Ayudó a explicar cuál ha sido el poderío de ese partido; a los investigadores les ayudó a hurgar en problemáticas que antes sencillamente no se percibían.

El desarrollo de los estudios históricos también ha permitido acumular una gran cantidad de conocimientos, muy rica, que nos permite algo que tenemos que hacer todo el tiempo: formular hipótesis.

Tenemos siempre que formular hipótesis; todos los días habría que levantarse con el propósito de hacer una hipótesis sobre algo, porque es una herramienta de trabajo. Es un instrumento que nos permite ubicar y ver con profundidad lo que está pasando.

Muchas veces lo que hacemos es adivinar, lo cual no está mal, si nos convertimos en buenos adivinos, aunque fallemos. De cada cinco hipótesis formuladas con una vez que acertemos habremos desarrollado nuestro conocimiento.

No olvidarnos de aquella recomendación que hizo Wright Mills: la imaginación. Tenemos que enseñar a nuestros estudiantes a ser imaginativos. Tenemos que hablarles de ese valor fundamental. Por eso Pablo González Casanova es un investigador que siempre me ha fascinado, por la capacidad increíble de imaginación que tiene.

P: ¿Cuál es el papel de la universidad pública hoy en día?

R: La universidad pública, todavía por mucho tiempo, creo que por décadas, va a ser importante y fundamental para el país. Afortunadamente creo que el gobierno, los grupos gobernantes lo han entendido. Fue una verdadera estupidez haber descuidado a la universidad como se hizo sobre todo en los años de crisis. La escuela privada, la universidad privada puede ser muy buena, pero es un negocio. Nadie va a dejar de ver, excepto en casos muy excepcionales, a su escuela como un negocio.

El ITAM, por ejemplo, ha convertido a la investigación en un negocio. Pero en el pecado lleva la penitencia, porque el tipo de investigación que se convierte en negocio es el que se fabrica en el momento, rápidamente, y se consume también rápidamente.

Hay otro tipo de investigaciones que la escuela privada no puede hacer, a menos que se convierta en una institución con un gran sostén poblacional, como la Universidad Iberoamericana. Ésta se está convirtiendo en una universidad que hace investigación, pero ahí es su tipo de organización el que lo ha permitido.

La Universidad Iberoamericana sigue viviendo de la universidad pública. Los maestros suelen ser los mismos de la UNAM. La carrera de derecho, por ejemplo, está servida por todos los profesores de la Facultad de Derecho de la UNAM. No obstante, ya tienen sus centros de investigación y es probable que en el futuro la universidad privada se convierta en promotora de la investigación, como sucede a menudo en Estados Unidos.

Hay universidades en Estados Unidos que son punta en el trabajo de investigación y son privadas: Stanford, Austin, por ejemplo.

Realmente, hoy en día a los centros privados de educación superior no les interesa el desarrollo investigativo. Por ello la Universidad necesita buscar, por todos los medios, mejorar sus niveles de excelencia. Tiene que enfrentar —ahí ya no hay soluciones drásticas— su masividad, lo cual no se puede evitar.

Hablando de imaginación, debemos recordar los proyectos que

tenía Pablo González Casanova cuando fue rector de la UNAM, los cuales estaban fundados en la creencia casi religiosa de que la universidad de masas no necesariamente tiene que ser contradictoria con la universidad de excelencia.

En todo caso, tal vez tengamos que darnos cuenta de que la excelencia va a tener que consolidarse en pequeños grupos dentro de la universidad. No podemos pensar que toda se va a poner al mismo nivel. Por ahí debemos empezar.

La universidad pública, y sobre todo la UNAM, tiene que convertirse en depositaria del acervo cultural de la sociedad. Aunque siempre lo ha sido, tiene que serlo más a fondo. Esto tiene que ver con una de sus tres misiones: la difusión de la cultura. Tenemos ahí muchos problemas, muchas deficiencias. Creo que lo que no sepamos hacer, debemos encargárselo a otro. Yo no sé para qué tenemos imprenta en la universidad si somos muy malos haciendo libros y muy malos vendiéndolos.

La Universidad de Buenos Aires resolvió el problema sacando a la imprenta de la universidad. Cuando se fundó la UBA, siguió llamándose Editorial Universitaria, pero se entregó a manos privadas que la convirtieron, por un tiempo al menos, en una gran empresa. Después vino la crisis en el país y la editorial tuvo problemas; creo que ya hasta desapareció.

Deberíamos nosotros pensar en convertir a la Universidad en depositaria de nuestra cultura. A veces me alarma que, ante ciertos proyectos, los propios universitarios se exceden en su crítica.

Cuando se decidió la organización del museo *Universum*, todo el mundo criticó al rector Sarukhán. Sobre todo los sindicalistas, reclamando para ellos el dinero invertido. Nadie entendió la importancia de ese museo. Me refiero a empresas de ese tipo. Sarukhán tenía razón, los sindicalistas no. Ese tipo de empresas nos da también a nosotros promoción; así demostramos a la sociedad que la universidad vale.

Hay que defender a la universidad. No hay que dejar pasar ningún ataque. Desde la tribuna que usemos hay que defenderla siempre, ésa es la línea que he seguido desde que empecé de nuevo a escribir en los periódicos. Cada vez que tocan a la UNAM me les echo encima.

Hemos tenido éxito. Salvamos a la universidad los propios universitarios. La universidad pública es indispensable para el país. Hay que hacérselo ver a los gobernantes; sin ella nos hundimos.

P: ¿Cuál cree que sea su aporte o influencia personal en el campo de la ciencia política en México?

R: Es probable que mi obra haya sido parte de ese basamento, el cual nos ha permitido ir acumulando materiales y conocimiento. Creo que mi trabajo ha ayudado a los politicólogos a desarrollar otros proyectos y a los historiadores para dar ciertos marcos teóricos.

Creo que es muy difícil hablar de uno mismo. Mi trabajo ha contribuido —junto con el de otros— a marcar ciertos parámetros de desarrollo del conocimiento de nuestra sociedad que hoy resultan casi indispensables.

Me sería difícil saber hasta dónde, realmente, ha tenido influencia mi obra. De *La ideología de la Revolución mexicana* se dijo que se convirtió en clásico. Carlos Pereyra en su reseña expresó: "Este libro está destinado a convertirse en un clásico." Álvaro Matute, en un número de *Revista de la Universidad* explicó que ha alcanzado un reconocimiento otorgado solamente a autores extranjeros.

Creo que mi obra, en el aspecto teórico, ha contribuido a precisar ciertos conceptos y también ciertas atalayas teóricas, desde las cuales se ha podido reemprender el estudio del Estado y de la vida política del país. No es por modestia, pero creo que esos han sido realmente los aportes fundamentales.